

purifiquémosla para hacerla amable; hagamos que sea una verdad aquí, como en la tierra á que el grande escritor se referia; pero seamos justos con el pasado que la incubó, y sobre todo, no despreciemos ni aborrezcamos á los hombres que sin haberla conocido ni gozado, fueron sin embargo bastante buenos para dejar una memoria grata en la historia.

(LA IBERIA de 18 de Julio de 1871.)

## CUESTIONES HISTÓRICAS.

### XVI.

#### OJEADA SOBRE LA CONQUISTA, LOS CONQUISTADORES, EL GOBIERNO COLONIAL, ETC., ETC.

La España y los españoles de ahora.—Odios de México.—Terribles manifestaciones.—Explicacion del fenómeno.—Sentimientos de los españoles al hacerse la independencia.—Mina y otros.—Sentimientos de los españoles de hoy.—Luchas de los partidos en México.—Nuevos odios á los españoles.—Prim en Orizaba.—En España nunca hubo odios.—Los hispano-americanos en España.—Odios de la segunda época.—Nuevas preocupaciones.—La fraternidad universal.—Monstruosa inconsecuencia.—La España actual.—Los mexicanos no pueden aborrecerla.—Lo que hicieron los españoles de antes.—Lo que hacen los de ahora.—Apóstrofe de un amigo.—Los españoles se encuentran en todas partes, menos en las cárceles.—El verbo "desespañolizar."—Grande error y absurdo.—Sencillez de los insurgentes.—No se puede dar por nulo al gobierno español.—La República se apoya en él.—Imposibilidad de la desespañolizacion.—No es necesaria para marchar adelante.—Literatura nacional.—Grandes hechos del presente siglo.—Fraternidad de españoles y mexicanos.—Mueran las preocupaciones.

Hemos hablado de la conquista, de los conquistadores y del gobierno colonial, es decir, de lo que expresa terminantemente el título de este artículo, de España y los españoles de antes. Hablarémos

ahora de lo que entrañan las dos, etc., etc., del título, esto es, de España y los españoles de ahora.

Si no hemos probado que son injustos los cargos que suelen hacerse al gobierno español en México, hemos dicho bastante para hacer ver que esto se puede probar estudiando cuidadosamente los datos que ministra la historia, y apreciando con justicia é imparcialidad los hechos de aquella época.

En todo caso es evidente que aunque la conquista hubiera sido una iniquidad y el gobierno español una tiranía, no tendrían la culpa de ello la España y los españoles de hoy, y sería injusto tenerles mala voluntad por ello. Menos razón hay para quererlos mal, cuando los de antes no dejaron aquí sino grata y gloriosa memoria de sus virtudes y magníficos testimonios de su generosidad y de su grandeza.

A pesar de esto, ha habido en México independiente algunos períodos de extravagante preocupación, en los cuales no solo ha existido mala voluntad á España y á los españoles, sino odio profundo que se ha revelado á veces por hechos increíbles y por injusticias lamentables. Hubo un tiempo en que los mexicanos no acertaban á ser amigos de la independencia y de la libertad sin aborrecer á España y á los españoles, y el paroxismo llegó una vez hasta el extremo de querer dispersar las cenizas de Hernán Cortés, el fundador de México, que descansaban á la sombra de un Hospital fundado por

él para consuelo de los desgraciados. La expulsión de los españoles decretada y llevada á cabo por aquel tiempo, fué otra medida injusta y desastrosa que han deplorado siempre todos los mexicanos ilustrados, incluso los mismos que la promovieron, por lo que tuvo de cruel para las víctimas y de perniciosa para los intereses materiales de la República.

Aunque este odio y sus terribles manifestaciones no pueden justificarse á los ojos de la razón, de la moral ni de la sana política, se explican sin embargo, se comprenden y aun se disculpan con una observación que sugieren ciertos hechos históricos. Al hacerse la independencia de México, los nacidos en España que estaban aquí, no veían en general con buenos ojos, ni la lucha emprendida contra su patria, ni lo que se decía para enardecerla, ni el hecho de que la Nueva-España se desprendiera para siempre de la metrópoli. Esto era natural también; pero aunque lo fuera, y por lo mismo que era natural, los patriotas mexicanos veían en los españoles enemigos irreconciliables, creían que conspiraban, ó pensaban que no podían menos de conspirar contra la independencia, y por eso los odiaron y los persiguieron.

No se acordaron de Mina los patriotas, ni de Negrete, ni de Erdozain, ni de otros españoles que habían estado con ellos en la lid y los habían ayudado á realizar la independencia; que si hubieran tenido presentes aquellos nombres, no habrían compren-

dido en un odio común ni envuelto en una común persecución á todos los nacidos en España.

Ya pasó todo aquello para no volver más; porque ciertas fiebres revolucionarias y políticas son para los pueblos como algunas enfermedades para los individuos: solo una vez se padecen. Hoy no hay un mexicano, por suspicaz y receloso que sea, que sospeche ni por asomo que los españoles conspiran contra la independencia de México; y no hay un español, por mucho que tenga de recalcitrante, y de estúpido, que conciba jamás ni el mas leve pensamiento hostil á la independencia mexicana. Se acabaron pues para siempre las rencillas internacionales en la forma que tuvieron durante algunos años despues que este país se emancipó completamente de la antigua metrópoli.

Continuaron entretanto en México las luchas de sus partidos, empeñado el uno en retroceder hasta la teocracia y la monarquía, y empeñado el otro en avanzar hasta la pura democracia y la reforma; y como el primero solia apoyarse en las tradiciones de la antigua España, esto dió ocasion á que el segundo cobrara de nuevo mala voluntad á los españoles. Algunos de estos, además, solian tomar parte en aquellas luchas, ya con un partido, ya con otro: díjose sin embargo, que el mayor número se iba con los partidarios del retroceso; y aunque esto no era verdad, y aun se demostró alguna vez con números lo contrario, la hostilidad continuó largo

tiempo, fomentada y sostenida por diplomáticos necios y periodistas avinagrados, que no conocen el espíritu del siglo en que vivimos.

Tambien se acabaron aquellas rencillas. El general Prim las mató en Orizaba haciendo justicia al gobierno de la República. Fué la mas hermosa de las victorias que ganó en su vida el heróico paladin español. Con ella restauró en México y en toda la América el prestigio de su patria y la estimacion en que son tenidos sus compatriotas. Reciba los testimonios de nuestra gratitud desde la tumba, mientras se consigna en la historia, al lado de sus hazañas guerreras, aquella hazaña inmortal de su patriotismo ilustrado y de su política recta, elevada y justa.

Hay que advertir que en la primera época de los dos que acabamos de recordar, fué general en México el odio á los españoles, pero no existió este sentimiento en España contra los mexicanos. En España nunca se ha sentido nada de esto: al contrario, siempre allá se ha tenido extraordinario cariño á la América española y á los nacidos en ella. Todo les parece bueno á los españoles en los hispano-americanos: su hablar suave y dulce, sus maneras, su misma pronunciacion defectuosa que no alcanza á articular la *z* ni la *ll*, todo los encanta. Algunas veces nos ha parecido que este cariño tiene puntos de semejanza con el que sienten los abuelos por sus nietos. Nosotros recordamos, como entre

sombras, haber visto sus manifestaciones por el año de 29 con las familias mexicanas de los españoles expulsados; y despues hemos tenido ocasion de observar que solo el hecho de haber nacido en América es una poderosa recomendacion para España. Los hijos de estas regiones que han ido á establecerse allá, han sido honrados y queridos, han progresado en sus respectivas carreras ó profesiones; y los que han sido literatos y poetas, han encontrado honores, admiracion y aplausos. Los mexicanos nunca han sido aborrecidos en España, ni aun en la época ductuosa en que tanto se enardecieron aquí las enemistades y los rencores.

En la segunda época á que nos hemos referido, el odio estuvo reducido allá y acá á ciertas individualidades de la política mas ardiente, y solo halló pábulo en algunos círculos y en las columnas de muy contados periódicos; nunca penetró en las regiones sociales. Los mexicanos que entonces residieron en España, fueron allá queridos y agasajados como siempre: los españoles que estábamos en México, nunca dejamos de encontrar fraternales simpatías en todas las clases de la sociedad mexicana, ni vimos jamás desmentida la afectuosa hospitalidad que aquí recibimos. Solo un instante se perturbó aquel concierto de los espíritus cuando el patriotismo republicano se sintió herido con la llegada de la intervencion á Veracruz: parecia que el monstruo de los rencores, sintiendo su fin cercano,

hacia un supremo esfuerzo para vivir, como la llamada de una vela próxima á apagarse; pero pocos dias despues, Prim le dió muerte como hemos dicho; y mas tarde, el espíritu de libertad y fraternidad, propio de las instituciones que rigen á México, el carácter noble y generoso de los mexicanos, y el buen sentido y la conducta honrada de los españoles, le encerraron para siempre en el sepulcro. Nosotros tambien hemos querido hacer algo para sellar con siete sellos la losa que le cubre, á fin de que jamás vuelva el monstruo á levantarse.

En vista de esto, no habria necesidad de tocar de nuevo este asunto, si no fuera porque todavía suele aparecer de vez en cuando alguna voz que invocando el nombre de la libertad y de la patria, quiere renovar odios antiguos, como si la patria y la libertad necesitáran, para existir, que vengán en su apoyo las viejas, las caducas, las funestas é indignas preocupaciones que la misma libertad ha soterrado para siempre.

Contrarias son esas pretensiones al hermoso principio de la fraternidad universal que es uno de los artículos del credo democrático. Segun él, todos los pueblos y todos los hombres son hermanos y deben amarse como tales. ¿Estarán excluidos de esta regla y de este deber los pueblos y los hombres que tienen entre sí comunidad de origen, de idioma y de costumbres? Seria una monstruosa contradiccion. Todos los pueblos y todos los hom-

bres son hermanos y deben amarse como tales, menos México y España, ¡los mexicanos y los españoles!..... Esto vienen á decir en suma los que se precian de liberales y demócratas, y hacen sin embargo todo lo posible para que los dos pueblos se aborrezcan.

Prescindiendo de esta monstruosidad, esas pretensiones no pueden justificarse ni por lo pasado ni por lo presente; ni por lo que fué la España de los tres siglos, ni por lo que es la España del siglo actual; ni por lo que hicieron los españoles de antes, ni por lo que hacen los españoles de ahora.

Bastante hemos hablado ya de los tres siglos. En cuanto á la España del siglo actual, no vemos que haya hecho nada para que se la excluya de la fraternidad que predica la democracia. Dicen los que la censuran, que representa en el mundo ideas de retroceso. Es un error. En España hay de todo como aquí y en todas partes: hay hombres del pasado y hombres del porvenir; hombres de la tradición y hombres de la revolución; hombres del statu quo y hombres de la reforma. Los retrógrados de México no pueden aborrecerla por progresista, porque también hay allá retrógrados; los progresistas de México no pueden aborrecerla por retrógrada, porque también hay allá progresistas: y de aquí resulta que los mexicanos, sean de la opinion que fueren, no tienen razon para aborrecerla. Hay que añadir que en España domina la libertad; y bajo

este punto de vista, más merece las simpatías que la aversion de los liberales mexicanos.

Por lo que hace á los españoles de ahora, residentes en México, hay que decir que ellos continúan aquí como huéspedes, la gran mision que llevaron los de antes como miembros de la familia; y es oportuno decir esto en su abono, porque esas voces malélicas de que hemos hablado, suelen ensañarse contra ellos pintándolos con los mas negros colores.

Los españoles de antes hicieron en México lo que México es: crearon las familias, fundaron las ciudades, levantaron los monumentos, hicieron los caminos, formaron las haciendas y las fábricas, abrieron y fomentaron todas las fuentes de riqueza; lo hicieron todo. Los de ahora forman también familias, cultivan las artes, ejercen los oficios, fomentan la agricultura, dan vida á la industria y al comercio; explotan en fin todos los elementos de prosperidad que el país encierra; de tal suerte que si un día cesára de súbito el trabajo de los españoles, ese día sufriría un síncope casi de muerte la vida material de la República.

A este propósito, vamos á reproducir unas palabras de un amigo y compatriota nuestro, que nos trajeron á la memoria el famoso apóstrofe de la Apología de Tertuliano, cuando le decia al emperador y en él á todos los idólatras, que los cristianos llenaban ya el imperio y se encontraban en todas

partes, menos en los templos de los ídolos. Hablábase de las calumnias que á veces se vierten contra los españoles, tachándolos de aventureros de mala ley que vienen á enriquecerse á costa del país, afirmando que los más hacen fortuna por medios indignos, y pretendiendo entregarlos á la execración pública como perturbadores y aun criminales: y excitado nuestro amigo por la gravedad é injusticia de tales calumnias, se expresó de esta manera poco mas ó menos, como dirigiendo la palabra á los calumniadores: No, no es verdad eso que decís: nosotros los españoles somos huéspedes honrados, que pagamos con buenas obras la hospitalidad que recibimos, y no venimos aquí á vivir á costa ajena, ni á cometer estafas, sino que ciframos nuestro orgullo en vivir de nuestro trabajo y en partir con otros el pan que nos produce: mirad bien lo que hacemos, y seguidnos, si quereis, por donde vamos: nos encontraréis por los caminos del honor, de la probidad y de la virtud, donde quiera que haya algo bueno que hacer para bien propio, solaz de nuestras gentes y beneficio de la República; en las ciudades edificando casas que las adornen, y en los campos labrando la tierra; en los almacenes vivificando el comercio, ó en los talleres ejerciendo los oficios; en las cumbres de los montes haciendo carbon, ó en el fondo de las minas sacando metales preciosos; en los desiertos roturando eriazos ó en las fábricas haciendo tejidos: en todas partes nos

encontraréis, con tal que haya empresa que requiera constancia y trabajo con honra: solamente en un lugar no podréis encontrarlos, en vuestras cárceles y en vuestros registros del crimen: podrá haber en ese lugar algunos nacidos en España, pero serán muy raros, serán una desgraciada excepcion en la regla general de nuestras costumbres, honradas, decorosas y decentes.

Tenia razon nuestro amigo, y decia la verdad: los españoles de México son en su inmensa mayoría ejemplos vivos de sociales virtudes, y muy pocos de ellos son los que dan escándalo con la ociosidad ó con otros vicios.

Se ha inventado recientemente el verbo *desespañolizar* para significar con él el empeño que tienen algunos de arrancar de raíz hasta los últimos vestigios del elemento español de todos los terrenos: de la política, de las leyes, de las costumbres, de las ciencias, de las artes, de la literatura, de la poesía. Se pretende que ese elemento es un mal para los progresos de la República; se dice que ésta no estará completamente emancipada sino cuando todo lo español se haya echado en olvido, y se hace alarde de no mentar los autores españoles sino para decir que nada valen sus obras en ninguna materia literaria ni científica.

Es esto un error por una parte; es un empeño vano por otra; y nos parece sobre todo un absurdo.

Nosotros comprendemos la sencillez de los insur-

gentes, que picaban con los sables ó las bayonetas los letreros de los puentes y de las garitas, para que no se supiera que habian sido contruidos por el gobierno español, como si por borrar un nombre y una fecha se sepultara ya en el olvido el origen de aquellas obras. Lo mas seguro habria sido derribarlas y no servirse de ellas, y habria sido tambien lo mas consecuente con las ideas que entonces regian al patriotismo: pero en fin, explicaban aquella conducta de los insurgentes el ardor de la lucha y los errores del tiempo.

Lo que no podemos comprender, es que en plena paz y sosiego, y sin que el ardor de grandes pasiones lo explique ni lo disculpe, haya hombres de elevada inteligencia y de gran corazon, que intenten lo mismo por medios tan inútiles como aquellos, sin pensar en que es imposible dar por nulo y echar en olvido un pasado inmenso al cual tiene que acudir y en que tiene que apoyarse la República, so pena de quedar en el aire. Vemos en efecto que para casi todo se acude todavía á los hechos y testimonios de aquella época; para la designacion de fronteras con los Estados Unidos, para la cuestion de Soconusco con Guatemala, para la cuestion de Belice con los ingleses, para otros mil negocios cuyo origen data del período colonial. Hasta para asuntos de política y de administracion suelen evocarse todavía hechos y disposiciones de aquel tiempo: hace pocos dias que en la reciente cuestion del

Ayuntamiento se citaba por el gobernador del Distrito un decreto español del año 18. ¿Cómo se ha de olvidar aquello, ni qué se ganaria en sustancia con olvidarlo?

No, no se puede dar por nulo y por no habido al gobierno español que duró tres centurias y creó en lo moral y material á México, como al efímero imperio de Maximiliano, que no dejó rastro de su existencia en nada. Para esto seria menester quemar los archivos y las bibliotecas, y todavía esto no bastaria; seria menester arrasar las ciudades, destrozor los caminos, borrar los linderos y aniquilar todas las obras de los españoles, y todavía esto no seria bastante: seria menester suprimir el castellano, y que enmudeciera el país mientras aprendia otro idioma. ¿En cuál pronunciarían sus discursos los elocuentes oradores de México, y escribirían sus artículos sus elegantes literatos, y harían sus versos sus magníficos poetas? Desengañémonos: esa *desespañolizacion* en la forma radical que la quieren algunos, es una quimera.

Para marchar adelante y renovar lo todo en el sentido de la libertad, no es necesario tanto. La España del porvenir no se parecerá en nada dentro de poco á la del pasado; y sin embargo nosotros los españoles no necesitamos condenar al desprecio ni al olvido á nuestros abuelos. A México le sucederá lo mismo sin necesidad de olvidar ni despreciar á los suyos.

Hace veinte años dijimos nosotros que México podía y debía crear una literatura propia nacional, y demostramos que tenía sobrados elementos para ello; pero nunca nos ocurrió que necesitara echar en olvido las obras de los literatos y poetas españoles.

Cuando el vapor y el telégrafo han suprimido las distancias, y todas las barreras caen, y las fronteras se berran, y las preocupaciones se hunden, y el principio de fraternidad se propaga para hacer de todos los pueblos una familia, no es bueno que por nada ni para nada se levanten muros ni se inventen antagonismos entre dos pueblos hermanos. México y España lo son; los mexicanos y los españoles se aman y se respetan; unos á otros deben regalarse las obras de sus sabios y los cantos de sus poetas, así como recíprocamente se regalan los primores de sus artistas. Atrás quedan las sombras; adelante está la luz. ¡Mueran las preocupaciones! y viva la armonía que han creado los sentimientos de justicia y el espíritu de libertad del siglo presente.

(LA IBERIA de 19 de Julio de 1871.)

FIN.

## ÍNDICE

### DE LO CONTENIDO EN ESTOS APUNTES.

Dos palabras..... 5

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### *Ojeada sobre la historia de América.*

El descubrimiento. Hazaña de Cristóbal Colon. La religion, la belleza y el valor. Oportunidad del acontecimiento. Situacion de Europa y de las otras partes del mundo. Asombro que causó la noticia. Cómo era el Nuevo-Mundo. Habitantes de las islas. Habitantes y regiones del continente. Atractivos de la América para los hombres de Europa. Recuerdos de las primeras colonias europeas en el Nuevo-Mundo. Parte principal que toca á España en aquellas empresas. La independencía de las colonias inglesas. Washington. Prosperidad y grandeza de la nueva República. Refugio de los desgraciados de Europa. Independencia de la América española. Recuerdos que conservan de sus padres los descendientes de los ingleses y de los franceses en América. Absurdos que sobre esto existen en algunos individuos de la América española. Los indios. Diferencia de la suerte que tuvieron en las colonias de Inglaterra y en las de España..... 9